

CAPÍTULO 4

Bhava y Samadhi

RECIBIR EL *darshan* de Anandamayí (la bendición de su presencia) en tanto que experiencia distinta de lo que es escuchar el discurso de un sabio o la instrucción de un guru, debía seguir siendo la fuente principal de su atracción todavía durante muchos años. Todas las descripciones de personas directamente implicadas muestran qué drama particularmente extraño e irresistible podía ser su *darshan* en ocasiones. Había varias grandes personalidades espirituales vivas en esa época en la India, pero ninguna que se le pudiera parecer ni remotamente en este aspecto particular. Es difícil encontrar ejemplos bien atestiguados del pasado que describan un trance elevado con algún detalle, pero los dos habitualmente citados por el carácter impresionante de su éxtasis espiritual son bengalíes: Chaitanya y Ramakrishna. Cuando Nírmala andaba por los veinte años, discípulos del último gran místico del siglo XIX estaban todavía vivos. A través de un devoto de Nírmala que era discípulo de la esposa de Ramakrishna, ella y sus compañeros fueron a ver a Gauri Ma, la última discípula viva del propio Ramakrishna, y a otros grandes vishnuitas en Navadvip. Para estos dignos y venerables ancianos, los más respetados en la comunidad, el trance extático era un fenómeno de reconocida significación espiritual. En realidad, por esa época de su vida, Nírmala se había convertido en el centro de atención entre la generación más anciana de bengalíes distinguidos que estaban empapados de las tradiciones espirituales por las que la provincia había sido famosa desde mediados del siglo XIX. Estas personas estaban dotadas de conocimiento; tenían gran experiencia para juzgar las cualidades de la personalidad espiritual y enseguida reconocieron en Nírmala una gran santidad.

El *bhava*, mientras estaba sentada o echada en el *vedi*, era de una importancia capital para Anandamayí en su nuevo áshram de Siddheshwari. Debe decirse que la actividad más importante de sus seguidores era mirarla, prestar la máxima atención a todo lo que ella decía y hacía. No había ninguna regla sobre esto; ellos lo *querían* así; era voluntario, espontáneo y unánime. Bhajji escribió de una ocasión:

Todos los devotos estaban sentados alrededor en silencio, absortos en sus propios pensamientos. Gradualmente, su cuerpo disminuyó tanto de tamaño que todo el mundo tenía la impresión de que sólo su sari quedaba sobre el *vedi*. Nadie la podía ver. Todos se preguntaban qué sucedería después. Gradualmente, hubo un aumento de movimiento dentro de la ropa y muy lenta y suavemente un cuerpo tomó forma y emergió, sentándose erguido. Durante casi media hora ella miró hacia el cielo con mirada firme y luego dijo: «Para la obra de tu vida has bajado este cuerpo».

Éste es un ejemplo de lo que se denomina *bhava*. La palabra es un término inclusivo que abarca una multiplicidad de significados. Para nuestro objetivo, *bhava* revela una disposición interior hacia el Ser Supremo y la absorción en él. Es, en su nivel más ligero, un estado anímico intenso, pero es un estado emocional que puede intensificarse y convertirse en éxtasis espiritual, aunque lleve connotaciones de reserva y apartamiento, de estar retirado de la conciencia ordinaria de vigilia. Sin embargo, no es lo mismo que la condición espiritual de *samadhi*, donde hay una cesación completa de la conciencia del mundo. En el caso de Anandamayí, *bhava* tiene una variedad extravagante e

interminable de estados, y su duración podía oscilar de un instante fugaz a varios días. Como con todos sus múltiples estados, ella afirmaba que seguía siendo siempre la misma, en una continuidad ininterrumpida de *bhava*, una con la Fuente. Sólo a los ojos del espectador parecía atravesar una sucesión de intensidades diversas. La deslumbrante variedad de estados y fisonomías cambiantes que ella manifestaría en el curso de una sola hora, y que en algún grado pude recoger fotográficamente, confirma no obstante su afirmación de mismidad, pues esa diversidad sería sin duda imposible a menos que estuviera profundamente anclada en una Fuente única.

Hay un relato de un *bhava* muy curioso que parece tener algún tipo de sentido secreto u oculto, tal vez de naturaleza iniciática. Está descrito por uno de los siete protagonistas, Didi, pero en un estilo tan inexpresivo que es imposible decir si la representación de este pequeño y extraño cuadro estuvo revestida de solemnidad o de una extraña hilaridad. El hecho de que se produjera en el día de una festividad seria, Shivaratri, sugiere que el estado era también serio.

La tarde de Shivaratri, Matajé nos llevó a Bholanath, a mi padre, Virendra Dada, Nandu, Maroni y a mí misma a Siddheshwari. Al llegar allí, inmediatamente Matajé fue a sentarse en el hueco. Un poco después, salió de él y pidió a Bholanath que se sentara allí. En cuanto se sentó, Matajé se sentó en una de sus rodillas e hizo que Maroni se sentara en la otra. Luego pidió a Padre que se sentara en sus rodillas. Él lo hizo. Se pidió luego a Padre que se levantara y Matajé hizo que Virendra Dada se sentara en las rodillas de ella. Más tarde, se hizo que Virendra Dada se levantara y se me pidió a mí que me sentara allí. Luego, después de que Matajé me hiciera levantarme, se pidió a Nandu que se sentara en sus rodillas. Luego todo el mundo se levantó. Esta *lila* se realizó en secreto. Nadie más supo nada de ello.

Había una ambigüedad fascinante en la *lila* de Anandamayí, no tanto porque pudiera haber habido, ocasionalmente, alguna duda en cuanto a si algo debía ser tomado a la ligera o con la debida solemnidad, sino porque pudiera parecer tan caprichoso o arbitrario. Súbitamente Matajé tomaba o cancelaba una decisión, daba nuevas y desconcertantes instrucciones, rompía, interrumpía o desordenaba planes elaborados, o realizaba algún acto notablemente espectacular de significado paradójico. La vida era continuamente así, y siguió en ese estado particularmente volátil al menos durante treinta años. Era una característica crucial de la *lila* de Anandamayí, así como prestar una concentrada atención a cada uno de sus movimientos era una característica principal de la *sádhana* de sus discípulos. La imprevisibilidad formaba parte de su esencia; todo el mundo debía mantenerse alerta; no se permitía que nadie cayera en el sopor o se obstinara en la rutina de una repetición estúpida. Había siempre un sentido o un mensaje en las más extrañas iniciativas y reglas de Matajé; a veces llevaba cierto tiempo a los participantes comprender el sentido, y a veces era tan críptico como para no dejar de ser un misterio. Sus caminos eran en efecto misteriosos y la vida a su alrededor estaba en consecuencia llena de encanto mágico, a menudo desorientador, a veces desconcertante. La vida lejos de ese ambiente llegaba a parecer chata y sin color; la vida dentro de él estaba llena de profundidades ocultas y podía abrir posibilidades infinitas para el desarrollo psíquico y espiritual. En medio de la «anarquía» imperante (palabra en parte inapropiada, pues significa «sin reglas», mientras que la característica de los métodos de Matajé era crear y romper las reglas continuamente), algunos devotos

serios serían llevados aparte por Matajé para una instrucción privada y para darles ciertas tareas, una disciplina más ardua, una *sádhana* más estricta y dura, o para enviarlos al exterior a cumplir misiones más difíciles que las que habían tenido que afrontar en su vida anterior. La instrucción, decía Matajé, era sólo para cada individuo particular y no un asunto que se pudiera compartir con otros.



Anandamayí en sus años de juventud (fotografía del archivo del áshram)

Entre las muchas clases diferentes de disciplina que los seguidores tenían que aceptar estaba la de cuidar de los estados más intensos de *bhava* de Anandamayí. Aunque ella había entrado en *bhava* frecuentemente desde la infancia, en la privacidad de su hogar, la primera manifestación pública de *bhava* en pleno arrebató menádico se produjo durante un eclipse solar el día de Pausha Sankranti, en enero de 1926 (justo antes del

Vasanti Puja inaugural). Gurupriya Devi escribió un relato muy vívido de este acontecimiento en su diario:

Mucha gente decidió reunirse ese día en Shahbagh para realizar *kirtan* en presencia de Matajī. El *kirtan* empezó tan pronto como comenzó el eclipse, y Matajī se sentó con las mujeres en la habitación circular [...] De repente, su cuerpo empezó a balancearse. Su sari resbaló de la cabeza, sus ojos se cerraron y todo su cuerpo se agitaba al ritmo del *nama kirtana*. Se levantó, todavía balanceándose. Parecía como si hubiera abandonado su cuerpo y alguna fuerza invisible controlara los movimientos que acababan de empezar. Era obvio para todos nosotros que no había ninguna voluntad que motivara sus acciones. Estaba tan despreocupada de sí misma que incluso su sari había caído. En aquella época, nunca llevaba blusa. Llevaba el sari de manera que sus hombros nunca eran visibles. Por eso las mujeres le ajustaron una sábana alrededor de su cuerpo. Entonces empezó a caer, pero ella misma se levantó justo antes de tocar el suelo. Parecía como si su cuerpo no tuviera peso y revoloteara en el viento. Luego empezó a moverse alrededor de toda la habitación, como embriagada por alguna fuerza extraña. No era exactamente así, pero las palabras no pueden describir lo que vi. Nunca había visto algo semejante en toda mi vida, aunque había leído sobre esos estados de exaltación en las vidas de Chaitanya y Ramakrishna. Al presenciarlo ahora con mis propios ojos, quedé extasiada. La misma persona que había estado empeñada en tantas tareas domésticas sólo un rato antes ese mismo día era ahora transportada, no se sabe dónde [...] Moviéndose por la habitación de esta manera, se unió a los cantores del *kirtan* y empezó a girar en medio de ellos. Sus ojos estaban vueltos hacia arriba sin un parpadeo, mientras su rostro resplandecía con un brillo sobrenatural, y su cuerpo estaba bañado por un resplandor rojizo. Súbitamente, cuando la estábamos observando, cayó redonda al suelo, pero no parece que se hiciera ningún daño. Como he dicho, era como si su cuerpo fuera movido por el viento. Parecía haber sido derribado y, cuando cayó, su cuerpo empezó a girar muy rápido, igual que un hoja o un trozo de papel empujado por un vendaval. Tratamos de sujetar su cuerpo, pero era imposible a tal velocidad. Pasado un rato, Matajī se calmó y se sentó. Sus ojos estaban cerrados y mantenía una postura yóguica, firme, grave, inmóvil [...] Poco después de esto, empezó a cantar, primero suavemente, luego en voz alta y clara: *Hare Murare Madhu Kaitabhare / Gopala Govinda Mukunda Saure*. Empezó a moverse de nuevo por la habitación, ahora cantando solamente este verso. ¡Qué hermosa voz! Todavía hoy se me ponen los pelos de punta cuando lo recuerdo. Todo lo que ella decía era nuevo. Todo el mundo estaba presenciando este *bhava* por vez primera, pues hasta entonces se había mantenido en secreto. Nunca antes se había mostrado de esta manera durante el *kirtan* delante de todo el mundo. Luego se sentó tranquilamente durante un rato, pero poco después su cuerpo se desplomó. No se sentía ningún pulso, su respiración era muy débil y lenta. El eclipse había acabado.

No mucho después de este *bhava*, cuenta Didi, observó a Matajī en otro, muy diferente del primero, de carácter más violento, como si Matajī hubiera asumido los rasgos de la terrible diosa Kali, muy venerada en Bengala. Sin embargo, extrañamente, la ocasión fue el Sarásvati Puja, un festival tranquilo y nada violento:

Ma quedó absorta en *bhava*. Varios tipos de *kriyas* yóguicos empezaron a manifestarse en su cuerpo. Ese día, durante unos momentos, adoptó una postura airada, con los ojos levantados, como si blandiera una espada y luchara con alguien. Con el principio de ese estado anímico, sacó la lengua durante unos pocos segundos y de nuevo hubo un cambio. Adoptó entonces un aspecto muy sereno. Luego pareció como si estuviera sentada en una estera realizando un culto, adorándose a sí misma. A veces, se tocaba los pies con la

frente, se postraba y luego se quedaba flácida. Giraba a gran velocidad y seguía rodando por el suelo; luego se quedó muy quieta, tumbada sobre la espalda. Su respiración era tal que parecía como si unas olas recorrieran su cuerpo desde el ombligo hasta la garganta. Luego de nuevo yacía inerte. Entonces me encontré sentada con ella en mis rodillas. Con todo su cuerpo frío, frío como una piedra, de su boca empezó a salir saliva a borbotones, y mi ropa quedó empapada. Arrojava lágrimas tan abundantes que también su ropa estaba completamente mojada. Pero entonces, súbitamente, su cuerpo se quedó sin vida, dedos y uñas se pusieron negros, y su rostro se volvió amarillo como el de un cadáver. No se podía saber si su pulso latía o no, ni si existía algún signo de respiración. Estábamos seriamente alarmados, pero recordamos que Matajī nos había dicho anteriormente que realizáramos *nama kīrtana* en tal eventualidad. «Si este cuerpo debe recuperarse, lo hará solamente si hacéis eso.»

Bhaji, que pensaba que un *bhava* así era casi imposible de describir, nos ha dejado vívidos relatos a pesar de todo. Por ejemplo, describió cómo, durante una danza extática, se puso de puntillas, con la cabeza arqueada hacia atrás hasta tocar la espalda. Ésta es exactamente la postura de las coribantes, representada en mil bajorrelieves griegos. Aquí está uno de sus relatos de un *bhava*:

Sus estados de exaltación encontraban expresión de tantas maneras distintas que es imposible describirlos con palabras. Cuando su cuerpo rodaba por el suelo, a veces se alargaba hasta una longitud inmensa; en otras ocasiones se encogía a un tamaño muy pequeño; a veces su cuerpo rodaba como un balón; otras veces parecía sin huesos, o botaba como una pelota de goma cuando bailaba.

Pero sus movimientos podían alcanzar la velocidad del relámpago, haciendo imposible seguirlos incluso a la vista más aguda.

Durante este período estábamos convencidos de que su cuerpo se encontraba poseído por poderes divinos que lo hacían bailar de innumerables y hermosas maneras. Parecía tan bañada por el éxtasis que incluso la raíz de sus cabellos se hinchaba, poniendo sus pelos de punta. Su cutis se volvió carmesí. Todas las posibilidades de éxtasis divino parecían condensadas en los confines de su cuerpo, manifestando el Infinito en una multitud de maneras elegantes y rítmicas.

Pero ella parecía estar muy lejos, completamente separada de todos estos hechos excepcionales, no afectada por la emoción de su realización. Parecían entrar en su cuerpo desde algún plano superior.

Ella nos dijo: «Este cuerpo emitió una luz tan brillante que el espacio circundante se iluminó. La luz parecía extenderse gradualmente, envolviendo el universo entero».

En esas circunstancias, cubría completamente su cuerpo con una tela, y durante largo tiempo se retiraba a un rincón solitario de la casa y allí se quedaba. Los lugares en los que entonces se sentaba o tumbaba se quedaban sumamente calientes.

Se sentaba en una postura durante varias horas seguidas sin el menor movimiento, o caía en silencio en mitad de una frase. En estas circunstancias, inerte como una estatua, sin un parpadeo en sus ojos, mirando hacia arriba, su apariencia era deliciosamente dulce y serena. No sentía hambre ni sed, ni extremos de calor o frío. Aunque la conciencia física amanecía una vez más después del estado de absorción en lo Divino, necesitaba mucho tiempo para recuperar su estado normal.

La semejanza entre los detalles de sus *bhavas* y los de Ramakrishna y otros, y el parecido entre sus propios relatos de sus experiencias yóguicas y místicas y el conocido fenómeno de la activación del sistema de *chakras*, apuntan a la existencia de estructuras

verificables experimentadas dentro del cuerpo-mente por todos los místicos con una perspectiva espiritual semejante. Con la analogía de los matemáticos que comparten su conocimiento de especialistas, pongamos por caso, del teorema de Pitágoras, sólo con otros matemáticos, con exclusión de los legos en la materia, del mismo modo nos encontramos aquí con fenómenos cuyas características específicas sólo pueden ser comprendidas plenamente por otros adeptos espiritualmente preparados. Bhaiji refiere algunas observaciones hechas por Anandamayí sobre sus experiencias interiores de las que podemos concluir que sus *bhavas* y *kriyas* pertenecen a un repertorio universal. Por ejemplo:

Al preguntar, nos enteramos por ella que mientras estaba en esa condición [respiración profunda y prolongada, con todo su cuerpo sumido en un estado de languidez y fatiga], sentía una fina corriente filiforme de energía que fluía hacia arriba desde la base de la espina dorsal hasta la parte más alta del cerebro. Junto con eso, un estremecimiento de alegría atravesaba cada fibra de su cuerpo e incluso los poros de su piel y sus cabellos. En ese momento, sentía que cada partícula de su estructura física danzaba, por decirlo así, con infinitas ondas de dicha. Todo lo que veía o tocaba le parecía que era una parte vital de sí misma, mientras su cuerpo físico dejaba gradualmente de funcionar.

El estado de *bhava* no debe ser considerado como un acontecimiento aislado. Se deben considerar estos estados como parte de todo un proceso que, como la propia Anandamayí aclaró, «no era para beneficio de este cuerpo», sino para beneficio de todos, atrayéndolos como un imán ineluctablemente adelante hacia la perfección:

Este cuerpo está siempre en el mismo estado, sin ningún cambio; vuestra actitud os lleva a considerar cualquier fase particular como más o menos extraordinaria. Pero el universo es un juego divino; vosotros tenéis el deseo de jugar, por eso naturalmente interpretáis todas las payasadas juguetonas de este cuerpo, con sus risas y alegrías, según vuestras luces. Si este cuerpo hubiera adoptado una apariencia solemne, me habríais evitado. Aprended a uniros con el juego divino en todas sus manifestaciones y alcanzaréis el objetivo final del juego.

El siguiente relato de Anandamayí en *bhava*, realizado por un gran devoto, Girijá Shankar Bhattacharya, ejemplifica perfectamente la clase de actitud que ella proponía a sus seguidores. Es una hermosa descripción de la primera vez que él la vio, en Siddheshwari, en 1928. Después de haber visto a Bholanath realizar la *puja* de Kali, ella fue de repente a sentarse en el *vedi*.

Matajī se sentó en la plataforma y el cambio que ocurrió en su persona fue simplemente asombroso. Todo su cuerpo parecía encendido, pero era un fuego que emitía los rayos más dulces y más refrescantes que se pueda imaginar. Brillaba gloriosamente, pero no producía ningún dolor a nuestra vista. Todavía hoy tengo un vivo recuerdo de esa transfiguración, y probablemente lo tendré hasta el final de mis días [...] Llamó, una por una, a las cuatro o cinco personas que entonces se habían reunido [...] Matajī todavía no había «salido al exterior», por decirlo así, y muy pocas personas sabían algo de ella. Recuerdo que llamó primero a Rai Bahadur Mukherji [...] La siguiente persona a la que Matajī llamó fue a mí mismo, y, con un tono de voz profundo, me dijo: «No conozco más que al Uno». Posteriormente pronunció una elocución mística semejante a las que

acostumbraban a salir de ella en muchas ocasiones en aquellos días. No era posible seguirla, debido a la gran rapidez del flujo de palabras que de ella manaba, pero se comprendía claramente que hablaba de la Unidad de todas las cosas, y me parece recordar que aparecía la palabra «diversidad». De este modo, incluso al comienzo de mi relación con ella, Matajī hablaba de la Unidad en la diversidad, la verdad que me ha sido insistentemente transmitida por sus elocuciones y conducta posterior. Me parece ahora que a menos que aprendamos de ella esta lección, no habremos aprendido casi nada. Su conducta y su conversación eran completamente elocuentes en cuanto a esta verdad, verdad básica y suprema. A mí, ella me parece una ventana abierta de par en par, a través de la cual se puede tener un vislumbre del Infinito. Ella hace surgir lo Divino en nosotros, lo que yace oculto bajo las mentiras [...] Es claro para mí que aunque Matajī parezca estar en el estado ordinario de vigilia, como todo el mundo a nuestro alrededor, está en realidad fundida con el Alma Universal y, por lo tanto, sus actos son como *lila*; no proceden de ningún *samskara* [rastros psíquicos de vidas anteriores], ni lo crean. Ella es eternamente libre en la única libertad real, en la libertad del Infinito.

Acertadamente, el autor de este relato incluye una palabra que Anandamayī utilizaba y que he traducido toscamente de la escritura devanāgarī como «diversidad»: *abrahma-stamba-paryantam*. Éste es un ejemplo maravilloso de la extremada concisión de su uso poético, al que la lengua sánscrita se adecúa particularmente bien. Ella reunió tres palabras en un tríptico perfecto. Juntas significan «desde Brahma hasta las raíces de la hierba», implicando la unidad de todo lo que existe —animado e inanimado— en el área total del espacio y el tiempo.

A quienes tengan una mentalidad materialista, sin duda Anandamayī, sumergida en la matriz generadora de bienaventuranza del *vedi*, les sugerirá la idea de una regresión al estado infantil donde no existe diferencia entre sujeto y objeto. No hay nada de eso. El niño no trasciende el sujeto y el objeto, pues ni siquiera puede diferenciarlos. El adepto místico, por el contrario, es perfectamente consciente de la diferencia convencional entre sujeto y objeto; pero lo que, además, comprende también, a diferencia de la mayoría de nosotros, es que existe una identidad superior de fondo que los une. En el estado de fusión infantil el niño está meramente indiferenciado del mundo exterior; no es una persona total integrada en todos los niveles y unido a todos los mundos superiores.

El contraste entre esa confusión reduccionista y la certeza con que Anandamayī habla de su estado mental en la infancia es de lo más llamativo. Llegó a decir que, desde su mismo nacimiento, era consciente de lo que siempre había sido y de lo que siempre seguiría siendo, y que no había posibilidad de una desviación de la condición de su conciencia de sí ni por un momento. Esta sorprendente afirmación encierra en realidad claramente lo esencial de toda su postura espiritual, lo que en lengua vulgar podría denominarse su «sintonía»:

Ella afirma ser sólo ella misma, nada más y nada menos.

«Donde no surge la distinción entre lo accesible y lo inaccesible, hay Eso.»

«Este cuerpo no tiene ningún deseo, ni intención ni propósito, todo ocurre espontáneamente.»

Autoiniciada, experimentó la gracia divina sin la mediación del guru y sin esforzarse por lo alcanzable. En otras palabras, había una transmisión directa de la gracia divina. Su intérprete más eminente y erudito, Pándit Gopinath Kaviraj, en su ensayo sobre la naturaleza de su verdadera identidad, lo expresaba así:

De este modo, la gracia actúa libre e inmediatamente cuando las almas no se ponen obstáculos a sí mismas con vestiduras materiales [...] El mero hecho de que su conocimiento no procediera del guru no nos lleva muy lejos en su misterio [...]

Ella representaba el papel de una *sādhika* en sus primeros años, sin duda, y durante ese período parece haber pasado por todos los estados de una *sādhika* real. En este juego, partió de la ignorancia y siguió con varias prácticas ascéticas, observando silencio, regulando la dieta, practicando *japa* y ejercicios yóguicos y realizando *puja* y otros ritos similares. El alba del conocimiento formaba parte también de este juego. Una sensación de angustia y sequedad del alma seguida de la bienaventuranza de la unión tenían su propio lugar en la representación de este drama. Todo el proceso era una imitación de la *sādhana* y estaba tan organizado que tenía el aspecto de una total naturalidad. Su autoconocimiento fortalecido por su pureza inquebrantable estaba detrás de este juego de ignorancia asumida y de la interpretación teatral de una *sādhika* ordinaria en busca de la realización suprema. No se debería tomar como una ilustración del sí dividido y de sus actividades; es más bien el resultado de un sí eternamente vigilante y consciente de sí. La Voluntad interpreta así el doble papel de una *sādhika* que pasa por las sombras y las luces de una vida disciplinada y del Testigo que observa y dirige su propia representación en el escenario.

La hierofanía de Siddheshwari tiene relaciones implícitas con la cosmogonía. A efectos de explicación, la cosmogonía ha sido presentada anteriormente en sus términos míticos. Pero no es sólo en tanto que reliquia de una época pasada como se hace esa referencia. La cosmogonía es también una verdad espiritual eterna sobre la perfección de los orígenes. Anandamayí, en el *vedi* cosmogónico, está en un estado de relación armónica con esa Fuente única, esto es, con *Ananda*. Ahora estamos más preocupados por investigar cómo se produjo la cosmogonía, cómo se creó el universo, que por tratar de ponernos en una relación armónica con él. Incluso hoy, cuando estoy escribiendo esto, el periódico presenta en su primera página una fotografía de diez días de exposición tomada con la cámara del telescopio espacial Hubble de las galaxias que irrumpieron en la existencia en la creación del universo (véase pág. 71). En cualquier sentido real, la escala aquí es experimentalmente tan inconmensurable para nosotros como lo son las hormigas dentro del barro coagulado del Montículo Primordial. Esto son metáforas: la plenitud de *Ananda* en la Fuente Primordial es la verdad eterna en la hierofanía de Siddheshwari.

«Por qué el Uno se convierte en muchos, por qué la Unidad Primigenia, Ser y Poder, se divide en infinita variedad en la creación, por qué el sujeto se convierte en objeto de su propia acción, o por qué el Inefable se escinde en sujeto y objeto, es un misterio que supera todo intento de interpretación», escribía Gopinath Kaviraj. Todo lo que podemos decir, en el caso de Anandamayí, es que su unidad con la Fuente a lo largo de toda la diversidad múltiple de su manifestación es en sí misma un acto del Uno Supremo. Ella llamaba a este acto su *kheyala*, que en otro lugar ha sido llamado también *lila*, Voluntad, Palabra Divina, Logos, o Voluntad de llegar a ser, pero en realidad no hay ninguna voluntad ni ningún devenir. La expresión *kheyala* tal como ella la utilizaba incluye todos estos sentidos. «Lo que Matají llama *kheyala* —dice pensativamente el Pándit— es realmente un arrebató de la Voluntad en una dirección particular que es sin duda libre y no determinada en el plano de las cosas... Ninguna ley gobierna esta región y no hay ninguna interrupción en su libre actividad... Tiene toda la frescura de un acto arbitrario y aparentemente no deliberado que contiene en sí mismo posibilidades

incomprensibles.»

¡Son necesarias una enorme cantidad de palabras para interpretar las maravillas que ocurrían durante la *lila* de Anandamayí en Siddheshwari! Gopinath Kaviraj acostumbraba a reírse irónicamente del ritmo pesado, cómo él decía, de su propio intelecto en relación con los vuelos del pensamiento de Anandamayí y su acción «lilaica» y sin esfuerzo. La reacción de Bhajji al verla en el *vedi* —«Llamemos a Ma con el nombre de Anandamayí»— resume y señala el significado fundamental de su vida. Ambos nombres de Matají expresan sus cualidades: Nirmala significa «inmaculada», «anterior a la mancha»; Anandamayí significa «impregnada de la bienaventuranza divina». Ambos nombres hablan de un estado de unidad primordial anterior a la aparición de todas las dualidades: «anterior a la Caída», como dirían los cristianos. Donde está la bienaventuranza divina de Ananda, todas las contradicciones y conflictos pierden su fuerza de oposición y se hacen uno con el Uno. En el nivel personal, a quienes contemplan la imagen de Anandamayí en el *vedi* se les ofrece un vislumbre de la Felicidad Perfecta. El individuo, identificándose con la fuente primigenia de la vida, puede entrar en la condición plenaria de la cosmogonía y recuperar la perfección del Principio.

Se podría decir que el estado paradójico conocido como *samadhi* es una vuelta a la integridad indiferenciada anterior a la creación, una vuelta a la Unidad primordial. Pero ¡son también demasiadas palabras para describir algo que es verdaderamente inefable! Puesto que Anandamayí entraba en *samadhi* muy frecuentemente, debemos al menos tratar de describir sus efectos según se veían desde el exterior. Como Ramakrishna, sin advertencia previa, caía súbitamente en ese estado por un tiempo que iba desde unos pocos minutos a doce horas, o, incluso en una ocasión, cinco días. En los textos clásicos antiguos el *samadhi* se describe como el resultado final y la coronación de todos los esfuerzos espirituales y ejercicios ascéticos, pero podemos dejar de lado este aspecto en el caso de Anandamayí. Sin embargo, a la vista de sus frecuentes e instantáneas «tomas» de la naturaleza interior de una persona, es interesante señalar que el *samadhi* de tipo elemental es una forma reconocida de pensamiento que capta lo esencial de un objeto o de una persona directamente sin un conocimiento o imaginación de fondo; el *samadhi* contribuye a crear una intuición sumamente aguda. Observada en *samadhi* profundo, Anandamayí estaba completamente cerrada a los estímulos, su cuerpo estaba inmóvil y completamente frío. Hay una distinción india clásica entre *samadhi* y *viksipta*, la concentración provisional que nosotros denominamos «hipnosis». Se dice también que en ciertos tipos de *samadhi* sólo un punto en la parte alta del cráneo permanece caliente, mientras el resto del cuerpo está frío y sin vida. La mente o bien está completamente concentrada en su objeto de contemplación, o bien deja de funcionar; sólo la Conciencia Pura permanece, revelando el Sí mismo a Sí mismo.

La única vez que yo vi personalmente a Anandamayí en *samadhi* fue durante su cincuenta y nueve cumpleaños, en el ashram de Patal Devi, en Almora. Estaba echada y completamente cubierta por un velo, y permaneció en ese estado durante varias horas. En común con muchos otros observadores, descubrí que el aspecto más interesante era la forma de volver a la conciencia normal de vigilia. Tenía que ser ayudada, y le llevaba algún tiempo adaptarse a la luz brillante del sol. La belleza etérea de su expresión era asombrosa. Pero muy pronto se retiró a sus habitaciones privadas,

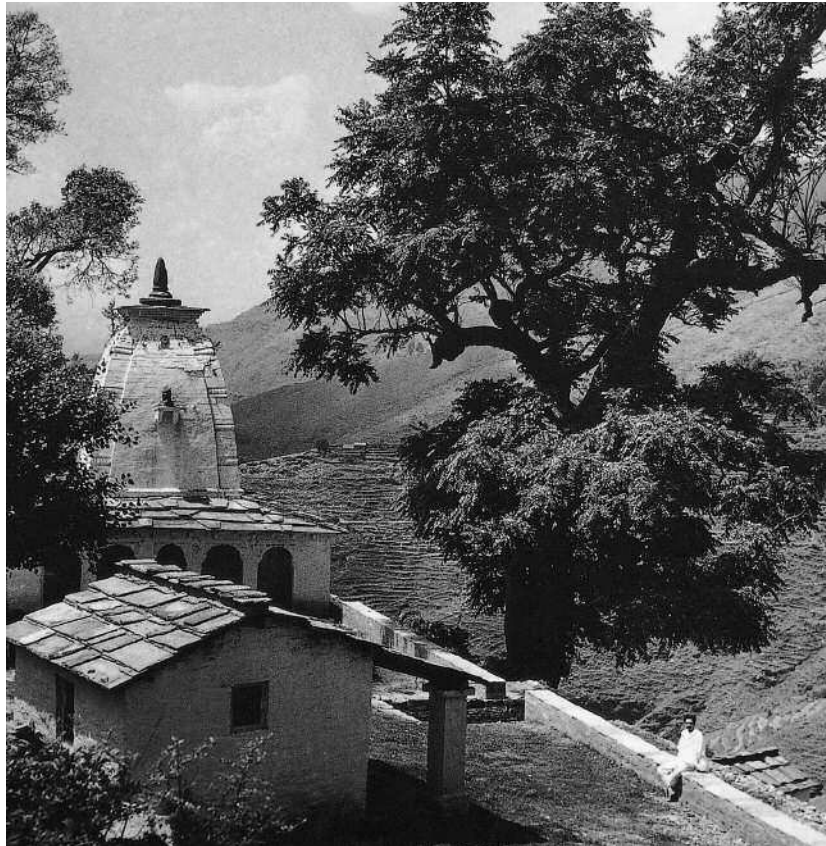
a un paso rápido incluso para ella. Efectivamente, se movía tan rápidamente que, por una vez, el obturador de mi cámara no fue lo bastante rápido para captar enteramente la acción. Parecía sumamente delicada, incluso vulnerable, mucho más débil que de costumbre, con un aspecto brumoso no sólo en sus ojos, sino en todo su rostro, como si estuviera envuelta en un vapor muy fino. Había una cualidad inefablemente dulce en su persona que le daba un aspecto como si se pudiera evaporar en el aire. Se deslizaba como si una ligera ráfaga de viento la llevara sobre el borde de un inmenso mándala que hubiera sido pintado especialmente para la ocasión en un patio embaldosado, y desapareció en su habitación (véase pág. 135).

Pero he aquí una observación mucho más directa de Anandamayí en *samadhi*, tal como fue percibida por un devoto en 1929, período en que esos estados eran frecuentes:

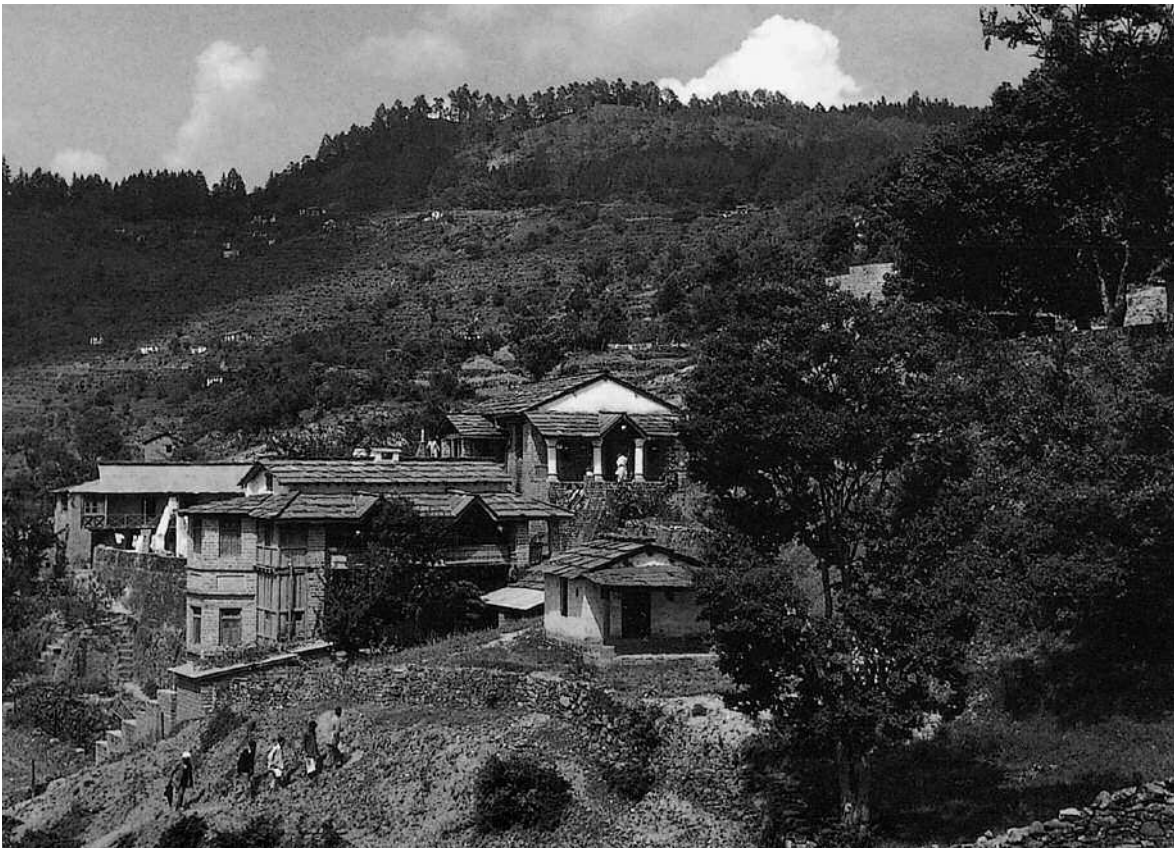
Me enteré de que Anandamayí había entrado en un *samadhi* profundo durante la noche y no había ninguna señal de que recuperara pronto la conciencia normal. La observé durante largo tiempo [en compañía de un amigo médico]. Parecía como si estuviera en un sueño profundo, pero no dormía, pues sus ojos estaban medio abiertos y hacia adentro. Parecían haber perdido todo brillo y haberse olvidado por completo del mundo de los sentidos. La forma externa estaba allí tumbada, y el espíritu interior separado de su envoltura parecía en santa comunión con el espíritu del mundo.

Transcurrieron las horas. Pasó el mediodía. Era cerca de la 1 p. m. Todos teníamos hambre, pero incluso el anciano padre de Anandamayí no tomó nada sin alimentar primero a su divina hija. Empezó a pronunciar los nombres divinos en voz alta, cerca de su oído. No hubo respuesta alguna en quince minutos. Cuatro o cinco de nosotros, incluido Pándit Gopinath Kaviraj, estábamos en el cuarto. El cántico de los nombres divinos continuaba, y ahora se podía observar un ligero cambio en su rostro. Sus ojos empezaron a mostrar signos de vida y lloró abundantemente. Su rostro estaba bañado por un radiante resplandor. Enseguida pensé en los signos *sátvicos*: *ashru* [lágrimas], *púlak* [alegría], *kampa* [temblor], y dije en voz baja a Kavirajji que lo próximo que se manifestaría podría ser *kampa*. En cuanto lo dije, Matajī empezó a tiritar violentamente. Todos esos estados aparecían y reaparecían uno después del otro. Luego comenzó una especie de «tira y afloja» entre los aspectos sensibles y los suprasensibles de su vida. Apenas la conciencia física hubo aparecido en el cuerpo, cuando se retiró y de nuevo perdió los sentidos. El proceso continuó hasta que la conciencia externa se reafirmó. Abrió los ojos e intentó hablar, pero no pudo. Se colocaron ante ella algunos comestibles, no tanto por ella como por los otros, pues querían su *prasad*. Con gran esfuerzo pudo pronunciar una o dos palabras expresando su incapacidad para comer nada. Luego se tumbó quedando en silencio durante algún tiempo.

He visto a otras personas en *samadhi*, pero nunca antes había presenciado un *samadhi* de este tipo: ese largo período de supraconciencia —ningún signo de vida, por decirlo así— y, sobre todo, los maravillosos estados que acompañaron al proceso de vuelta a la normalidad. He visto los Himalayas vestidos de nieve tocando el cielo, la fuente del sagrado Ganges murmurando sobre los guijarros y la salida del sol desde un mar azul, pero nunca he tenido una visión tan conmovedora en su majestad como el *samadhi* de Anandamayí. Puedo olvidar todo lo demás, pero nunca podré olvidar lo que vi en Hardwar en 1929. Fue sublime. Sobrepasa cualquier cosa.



Templo de Patal Devi cerca del áshram de Almora



Áshram de Patal Devi, Almora

Palabras de Anandamayí: *Comunicaciones breves 5*

Pregunta: ¿Es necesario renunciar al mundo?

Respuesta: No, ¿por qué? ¿Dónde está el lugar donde no esté Dios? La manera natural de vivir podría transformarse en la manera espiritual de vivir. En realidad, no hay nada que pueda ser «otro» que Dios; así que, propiamente hablando, vivir en el mundo es estar en el camino de la realización del Sí.

Si no se llega a un estado de quietud, la agitación de todo el sistema se manifestará a través de cada nervio y cada fibra del cuerpo y le volverá a uno ineficaz. Si la energía propia no es retenida, el funcionamiento armonioso de esta energía en perfecta tranquilidad es imposible. El interés por la Búsqueda Suprema y las prácticas realizadas en busca de la Verdad tienen naturalmente un efecto calmante. La conservación de la energía es esencial.

Una persona que espere que este cuerpo sea siempre supranormal en su relación con el mundo, quedará decepcionada.

No hay que dejarse atrapar por el señuelo de las facultades supranormales. Supongamos que uno ha adquirido el poder de que todo lo que exprese o todo lo que desee se cumple. ¿Y qué? Esto es sólo una etapa. Al utilizar esos poderes para destruir o ayudar a la gente uno se puede detener en ese nivel en vez de progresar hacia lo supremo. Enredarse en el nivel de esos poderes es un despilfarro de energía. Al adquirirlos, no se debe perder de vista el objetivo supremo de la existencia humana, sino esforzarse incesantemente por la realización del Sí. Dejar de hacerlo creará obstáculos y puede tener como resultado la caída.

Cada uno tiene su propio camino.

En la creación de Dios, lo posible se hace imposible y lo imposible, posible en todo momento.

Pregunta: Si Matajī ha encontrado la paz, ¿por

qué sigue vagando de un lado para otro?

Respuesta: Si permaneciera en un solo lugar, se podría plantear la misma pregunta; ¿no es verdad? Pitaji, ¿no sabes que soy una niña inquieta? No puedo quedarme siempre en el mismo sitio. Ésta es una respuesta. Desde otro punto de vista, yo podría decir que eres tú quien me ve viajar. En realidad, no me muevo en absoluto. Cuando estás en tu casa, ¿te sientas en un rincón? Igualmente, también yo camino por mi casa, pero no voy a ninguna parte; estoy siempre quieta en mi propio hogar.

No voy a ninguna parte: siempre estoy aquí. No hay ni idas ni venidas; todo es *Atman*.

Pregunta: ¿Qué piensas de todas esas personas nuevas que vienen a verte casi diariamente?

Respuesta: Nadie es nuevo. Todos ellos me son conocidos.

Tú y yo somos dos personas y sin embargo tú y yo somos uno; y el espacio que hay entre nosotros dos también soy yo misma; no se puede hablar en absoluto de dualidad. Apego y odio surgen del sentimiento de dualidad.

La satisfacción de cualquier cuerpo es mi satisfacción. La felicidad de cualquier cuerpo es mi felicidad. La desgracia de cualquier cuerpo es mi desgracia.

Convertíos todos vosotros en bebedores de néctar, en bebedores del vino de la inmortalidad. Pisad el camino de la inmortalidad, donde no existe muerte ni enfermedad.

Cuando sientas poder dentro de ti, cuando una luz nueva amanezca en ti desde tu interior, cuanto más puedas mantenerla oculta en calma y tranquilidad completas, tanto más crecerá en intensidad. Si aparece la menor apertura, existe siempre el temor de que escape.

El esfuerzo sostenido termina en el ser sin esfuerzo; en otras palabras, lo que se ha

BHAVA Y SAMADHI

alcanzado mediante la práctica constante es finalmente transcendido y viene entonces la espontaneidad.